



Por fortuna este pueblo desapareció de la escena del mundo sin dejar rastros de su existencia. En España no dejó ni una institución ni un monumento artístico; pasó su dominación como un pálido meteoro. Sólo edificaron castillos y plazas fuertes, y los españoles aprendieron de los cartagineses á guerrear con más arte.

Los fenicios y los griegos fueron, entre todos los que colonizaron á España, los que ejercieron más influencia intelectual y moral en las costas meridional y oriental de la Península en que se asentaron, y cuyos moradores

eran ya por la benignidad misma del clima ménos fieros que los del resto de España, y recibían con ménos esquividad las ideas y principios civilizadores de sus huéspedes. Pero no olvidemos que estas comarcas no constituían la España entera, y que aun conquistados estos países por las armas romanas, toda la parte occidental y septentrional de la Península se mantenía independiente y libre, y sus habitantes conservaban toda la fiereza primitiva, todas las costumbres rústicas y groseras que ya hemos descrito en otro lugar.

...de la Península...
...de la Península...
...de la Península...

CAPITULO XIX

España bajo la república romana.—Levántanse los españoles contra la dominación romana.—Cambio de conducta de los romanos para con los españoles.—Levántase de nuevo Indivil y Mandonio.—Su muerte.—Guerra nacional.—Caton el Censor en España.—Su crueldad en la guerra.—Destruye cuatrocientos pueblos.—Division de España en Citerior y Ulterior.—Reproducense las insurrecciones.—Idea que se tenía en Roma de la España.—Sórdida avaricia de los pretores.—Sus violencias y exacciones.—Sempronio Graco.—Su probidad y desinterés.—Estafas de Furio Philon.—Es acusado al senado por sus latrocinios.—Partido español que se forma en el senado.—Primeras concesiones políticas que obtienen los españoles.—Colonias romanas en España; Carteya, Córdoba.—Causas de la prolongación de la guerra.—Apuros del pretor Fulvio.—El cónsul Marcelo.—Escipion Emiliano.—Crueldades y alevosías de Lúculo y Galba.—Matanzas horribles.—Indignación de los españoles.

Arrojados los cartagineses del suelo hispano, y enseñoreados de él los romanos, era de esperar que siguieran tratando á los españoles con la benigna y humanitaria política que habían inaugurado los Escipiones. Amigos y aliados se llamaban, y como tales tenían el deber de portarse, si habían de corresponder á los generosos sacrificios que en pro de Roma había hecho España. Mas como al obrar así los romanos fuese para encubrir su ambición de dominio, una vez que adquirieron seguridad de sentarle y extenderle, descorrieron el velo de sus arteros designios, y todo cambió de faz completamente.

Aquella á que los romanos daban el suave título de alianza, ó el más dulce de amistad, fué convirtiendo luégo en dominación verdadera, y los españoles se fueron penetrando de que no habían prodigado su sangre sino para resolver la cuestión de cuál de las dos repúblicas había de ser la dominadora, de que no habían peleado sino para cambiar señores, y de que para sacudir el nuevo yugo les sería preciso emprender nuevas lides.

Fueron los primeros á conocerlo y pregonarlo aquellos dos belicosos é inquietos príncipes Indivil y Mandonio, á quienes ántes hemos visto hacer armas alternativamente contra cartagineses y romanos, unos y otros igualmente aborrecidos, porque en unos y otros veían los usurpadores de su independencia. Aprovechando estos caudillos la ausencia de Escipion, único que había sabido mantenerlos en respeto, excitaron con enérgicos discursos á los ilergetes, ausetanos y otras vecinas tribus, á tomar las armas contra los dominadores romanos, persuadiéndoles de que si se uniesen para ello, les sería fácil arrojar á su vez del territorio español á los soldados de Roma y recobrar sus antiguas libertades. Más de treinta mil hombres respondieron á la excitación de Indivil.

Pero los procónsules Léntulo y Accidino, que despues de Escipion habían quedado con el gobierno de España, acudieron con todas sus fuerzas, y se hallaron pronto en presencia de los insurrectos en los campos sedetanos. Larga y mortífera fué la batalla; incierta estuvo mucho tiempo la victoria. Desgraciadamente, una sae-



ta vino á quitar la vida á Indivil; el suceso desalentó á los españoles; al desaliento sucedió el desórden, al desórden la fuga, y el triunfo quedó por los romanos. Aún más desgraciada suerte cupo á Mandonio. Como condicion de paz, hicieron publicar los procónsules que habian de entregarles vivo aquel caudillo: el terror inspiró á los españoles la flaqueza de entregarle, y Mandonio recibió una muerte cruel y afrentosa para escarmiento de los demas rebeldes (1).

Mas el espíritu de independecia habia comenzado á infiltrarse en los corazones españoles, y no era fácil ya sofocarle. Así al poco tiempo los hallamos otra vez insurreccionados, y teniendo que sufrir otra derrota de parte de Lucio Cornelio Cetego, que en reemplazo de Léntulo habia venido.

De diferente manera parecia llevarse la dominacion romana en el Mediodía que en el Oriente y centro de la Peninsula. Cádiz logró del senado ser declarada ciudad franca, como aliada que era y no conquistada por los romanos, cuyo acto dió á éstos gran crédito en toda la Bética (197). Mas disgustados los celtiberos, levantáronse más de una vez á ejemplo de los ilergetes y sedetanos, quedando vencedores en una ocasion, y siendo vencidos en otra.

Antes eran dos naciones extrañas, grandes ambas, poderosas y guerreras, las que se disputaban el cetro del universo en los campos españoles: ahora comienza la España sola, despues de haber malogrado la flor de su juventud en auxilio de la que quedó triunfante, á defenderse con sus propios recursos contra el inmenso poder de la orgullosa Roma. Eran al principio insurrecciones parciales, ya por la falta de unidad y de plan entre los indígenas, ya porque no en todos los pueblos pesaba igualmente la tiranía romana; pero reproduciéndose unas y otras, revivian, apénas sosegadas, como centellas de un fuego mal apagado. De tal manera, que temerosa y asustada Roma del giro que iba tomando la guerra de España, determinó enviar á ella al cónsul Marco Porcio

(1) Tit. Liv., lib. XXIX, cap. 2.

Caton, el Censor, con dos legiones y cinco mil caballos, dándole además dos pretores, uno para la España Citerior y otro para la Ulterior. Así habian dividido los romanos la España, siendo el Ebro el límite divisorio de las dos provincias.

El hombre célebre por la austeridad de sus costumbres procuró moralizar la administracion militar que tenia irritados á los naturales de España, y se mostró tan enemigo en la guerra como lo fué en la tribuna de la rapacidad que habian ejercido en la Peninsula sus antecesores. Pero al lado de estas virtudes como administrador, desplegó como guerrero tal crueldad y violencia, que ningun romano usó de dureza tanta ni de tan desapiadado rigor para con los vencidos. Tomó á Rosas, y fué recibido como amigo en Ampurias (196). Cuéntase que en trescientos días hizo demoler hasta cuatrocientas poblaciones. Parecia animado más bien de un furor de exterminio que de espíritu de conquista. La dureza de su carácter formaba verdadero contraste con la dulzura y generosidad de Escipion. Aquietáronse, aunque por muy poco tiempo, los españoles con tan rudos castigos, y el severo Caton pasó á Roma á gozar los honores del triunfo (195).

En la larga serie de luchas siempre renacientes, cuyos pormenores fuera tan fatigoso como inútil narrar, dos grandes reveses sufrieron los infatigables celtiberos; el uno en 186 á las márgenes del Tajo cerca de Toledo, en que despues de haber tenido arrolladas las filas romanas con su sistema particular de ataque nombrado *cuneus* (1), fueron al fin envueltos y vencidos, merced á los desesperados esfuerzos del pretor Cayo Calpurnio: el otro en 182, no léjos tampoco de Toledo, en los campos de Ebura (Talavera de la Reina), en que dieron los romanos una de las más sangrientas batallas, y en que un ardid de Quinto Fulvio Flaco convirtió en favor de las armas romanas un combate que habia estado mucho tiempo indeciso. Al decir de los historiadores romanos perdieron los españoles sobre 30.000 hombres en cada una de estas batallas.

(1) Véase el cap. I del lib. I.



Otros que no fuesen ellos se hubieran descorazonado con tan duros reveses; y los romanos, al conseguir tan señalados triunfos, se hubieran dado ya por dueños y señores del país, si este país no fuese el de la resistencia y la perseverancia. Los romanos vencian, pero no subyugaban. De tan antiguo viene á los españoles no desfallecer por los infortunios y las adversidades. No faltó quien en el senado mismo de Roma describiera al vivo el carácter de este pueblo singular.

Abogaba Minucio en favor del pretor Fulvio, que pedia su relevo de España, y que se le permitiese volver á Roma con su ejército (180). Recomendaba Minucio y ensalzaba las victorias del pretor español. Levantóse entonces Sempronio Graco, á quien se trataba de enviar en su reemplazo, y dijo: «Al oír la relacion que nos haceis de las proezas de Fulvio, no debería haber ya un sólo pueblo en España que no obedeciese á los romanos. Sin embargo, yo sé á qué se reducen estas conquistas, que no pasan de las comarcas vecinas á nuestros campamentos, porque hasta ahora no hemos hecho en España otra cosa que acampar. Sus más apartadas regiones aborrecen la dominacion y el nombre romano. Si accedeis á la demanda de Fulvio, yo deberé ir sin ejército á encargarme del gobierno de una provincia que fuerzas muy respetables apénas han alcanzado hasta ahora á enfrenar. ¿Podré yo, decidme, con un puñado de soldados que pueda alistar en España, reprimir la energía de aquellos bárbaros, que tantas veces han rechazado y puesto en vergonzosa fuga nuestras mejores y más veteranas legiones? Romanos, ¿lo creéis vosotros así? Quiero conceder que Fulvio haya sujetado toda la Celtiberia: ¿quién me asegura que los celtiberos se darán por sometidos? ¿Pensáis que se puede esperar paz y reposo de un pueblo acostumbrado á renacer incesantemente de sus ruinas, y á levantar de nuevo el estandarte de la insurreccion tantas cuantas veces es vencido? Si nuestras legiones vuelven á Italia con Fulvio, como él lo pretende, sin duda para solemnizar su triunfo, juro ante vosotros todos que iré á España, pero iré á escoger un

lugar en que pueda vivir tranquilo; no penséis que he de ser tan temerario ó tan insensato que vaya con escasas tropas, flojas y sin experiencia, á acometer á un enemigo feroz. He dicho.»

Otorgósele á Fulvio volver á Roma con los veteranos que llevaban diez y seis años de servicio, y diósele á Sempronio Graco un ejército de catorce mil hombres para que pasase á España. ¡Cuán pronto vinieron los sucesos en apoyo del discurso de este romano!

Fué este Fulvio uno de los que se señalaron más en la guerra de España por su orgulloso genio y condicion altiva, y de los que con sus violencias exasperaron más los pueblos, y avivaron en vez de apagar sus odios á la dominacion romana. Llegó á Roma cargado de riquezas. Depositó en el tesoro público ciento veinticuatro coronas de oro, treinta y una libras de oro en barras, y ciento setenta y tres mil monedas de plata de Osca (1). Poco era esto para lo que habia amontonado en su caja particular. De ello destinó una pequeña parte á recompensar á los veteranos que le habian seguido; dió espectáculos públicos por espacio de diez días, y erigió un magnífico templo á la *Fortuna Ecuestre*.

Cneo Léntulo se habia llevado mil quinientas quince libras de oro, veinte mil de plata y treinta y cuatro mil quinientas monedas del mismo metal. Lucio Sterninio recogió quinientas mil libras de plata, y á su regreso á Roma le levantaron tres arcos triunfales. El severo Caton llevó al tesoro mil cuatrocientas libras de oro, veinticinco mil de plata en barras, y ciento veintitres mil en monedas de lo mismo. Hízose decretar los honores del triunfo.

Era la España un campo de explotacion para los sórdidos pretores y procónsules avaros. Venian aquí pobres, y sobrabanles dos años para volver opulentos. No bastaban las ricas minas de este suelo para apagar su insaciable sed de oro; no les bastaban las exacciones y tributos; en su codicia desenfrenada empleaban tambien la depredacion y la rapiña como medios comu-

(1) Ciudad de los bastetanos. Era célebre por sus minas, y se acuñaba en ella moneda.